



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

La ética como seguro

POR LUIS BLANCO VILA (*)

Lo dice Eliot en el tercero de sus "Cuatro cuartetos": "And the way up is the way down, the way forward is the way back": *Y el camino que sube es también el que baja, y el camino que va hacia adelante es el que retrocede.*

La primera vez que leí estos versos del gran poeta angloamericano me pareció que me resultaban conocidos. Alguien puede decir: Valiente tontería; todos sabemos que el camino que sube es el que baja y que el que nos lleva hacia adelante también es el mismo que nos permite retroceder. Sin embargo, pese a la obviedad -que ahora desnaturalizan las nuevas autopistas, con sus caminos de ida y y sus caminos, distintos, de vuelta-, la simple constatación tiene valor de símbolo. El hombre, desde su origen, comparte camino con los demás hombres y no puede inventarse uno personal. En su conciencia se ha depositado el mensaje ético que llamamos ley natural. Desviarse de ella es perderse; nadie puede garantizar su seguridad humana.

Decía, recuerdo, que cuando leí los versos de Eliot me vino a la imaginación alguna referencia antigua. ¿Será de la Biblia?. Al fin y al cabo, en la Biblia se encuentra casi todo; después de ella resulta difícil encontrar nada nuevo bajo el sol...

De esto hace ya años.

Precisamente fue entonces cuando, buscando a Eliot en la Biblia, me encontré a Rilke, otra de esas dudas permanentes de resonancia antigua. Allí estaban, en el libro de Job, los famosos versos iniciales de la primera elegía de Duino, ese interrogante que yo había llevado en mi memoria con la insatisfacción de lo nunca encontrado.

Es conocida la historia de los versos de la primera elegía duinesa del poeta praguense de la lengua alemana, cuando, huésped de la princesa Marie von Thurn und Taxis en el castillo de Duino, cerca de Trieste, por entonces territorio austriaco, "recibió" el arranque del famoso poema: "*¿Quién, si yo gritara, me escucharía desde las jerarquías de los ángeles?*".

Esos versos, con los que Rilke quebró la larga sequía que venía padeciendo aquella primavera de 1914, con la guerra ya cercana, los almacenó en su memoria y sólo en 1921, siete años más tarde, sería capaz de retomarlos para cuajar las universales elegías. Eran apenas dos versículos de Job; su memoria le había entregado no la inspiración de lo nuevo sino la memoria de lo antiguo.

Algo semejante me ha sucedido con Eliot y su camino de ida y vuelta. No lo he encontrado en la Biblia, pero sí acabo de hallarlo en un fragmento del filósofo presocrático



Heráclito. Inesperadamente, mientras releía al efesino, me di de bruces con este aforismo: "El camino que va hacia arriba y vuelve hacia abajo son uno y el mismo".

La emoción del hallazgo dejó paso al temblor de lo imprevisto. Marcando la página, una tarjeta de visita de Joaquín Garrigues Walker, ministro de Obras Públicas y Urbanismo hace más de tres lustros, cariñosas palabras manuscritas, hermosa caligrafía, tembloroso latido del amigo muerto.

Recuerdo ahora otro verso de Eliot, en el segundo de los cuartetos: "*Only through time time is conquered: sólo en el*

tiempo se conquista el tiempo". ¿Es el tiempo la materia de los sueños, de los recuerdos, o están fuera del tiempo?. He aquí una cuestión ética. ¿Por qué ni los sueños ni los recuerdos delinquen?.

James Joyce se pregunta, en su "Ulises", creo recordar que en el episodio o capítulo catorce, "cual es la edad del alma del hombre". La respuesta no puede ser lineal. El aliento del espíritu no es caduco sino, una vez más, ético. Es inútil apelar al tiempo tratándose, como se trata, de un espíritu. ¿Y cuando, haciendo brotar la angustia, el alma acusa una agresión exterior, llegada a través del

cuerpo?. Difícil respuesta, pues el reflejo anímico se aleja, siempre, de la realidad. En cualquier caso sí podemos constatar el hecho de la interrelación cuerpo y espíritu, que la angustia es una suerte de alarma ética que eriza las defensas morales, desde el encogimiento a los temblores, desde el asombro al estado de estulticia momentánea.

El citado Heráclito aseguraba que las opiniones humanas son juegos de niños. Una opinión respetuosamente discutida, ya que el niño se mueve por resortes naturales que buscan la felicidad, mientras los adultos se sirven de medios inteligentes. Dice Kant en su "Metafísica de las costumbres" que "si la doctrina de las costumbres no fuera sino una doctrina de la felicidad, sería disparatado buscar principios a priori para ella... Sólo la experiencia puede enseñar lo que produce alegría".

David Hume, el empirista inglés del XVIII, cuenta, en "Sobre la norma del gusto", lo que él llama "una conocida historia de don Quijote". "Con razón, dice Sancho al escudero narigudo, pretendo entender de vinos: es esta, en mi familia, una cualidad hereditaria. A dos de mis parientes les pidieron en una ocasión que dieran su opinión acerca del contenido de una cuba que se suponía que era excelente, por ser viejo y de buena cosecha.

Uno de ellos lo degusta, lo considera, y tras maduras reflexiones dice que el vino sería bueno si no fuera por un ligero sabor a cordobán que había percibido en él. El otro, tras tomar las mismas precauciones, pronuncia también su veredicto a favor del vino, pero con la reserva de cierto sabor a hierro que

último como ajuste ético.

Asistimos, en los últimos meses, a una auténtica puesta en escena de la ceremonia de la confusión. Y no me refiero, por supuesto, a la inagotable sucesión de hechos escandalosos que impiden formular juicios serenos y precisos sobre las condiciones



fácilmente pudo distinguir. No podéis saber cuánto se les ridiculizó a causa de su juicio. Pero, ¿quién rió el último?. Al vaciar la cuba, se encontró en el fondo una vieja llave con una correa de cordobán atada a ella". No voy a sacar, de la aplicación de esta historia, las conclusiones que Hume atribuye a la relación entre el gusto espiritual y el corporal. Me interesa más eso de quién rió el

de vida de nuestra sociedad, sino de la ruptura total de las presas morales y éticas, con lo cual, al verse anegados todos los principios de la conducta humana, se ahoga, también, cualquier atisbo de consideración -ya no hablo de reflexión o juicio sereno- en el tiempo, al alcance de cualquier persona. Y, sin embargo, como muy bien dice Heráclito y versifica Thomas

S. Eliot, "el camino que sube es también el que baja, y el que va hacia adelante es el mismo que retrocede". Y la edad del alma, si se mide en términos de tiempo -sólo en el tiempo se conquista el tiempo- será la edad de la razón, fundamentalmente, de la convivencia, de las libertades respetuosas, de lo que se rechaza con el calificativo de "perjuicios burgueses".

Una conocida periodista, siempre mimética con la última moda, presume de haber conseguido su libertad. "Con los años -escribe- he vuelto a la idea primitiva: la mejor iglesia es la que no existe, igual que el mejor Dios es aquel que sólo ambiciona permanecer dentro del corazón humano, sin osar extender su dominio más allá de la estricta intimidad".

El camino para conseguir la "independencia" es el de vuelta a la realidad, llámese ética como seguro del alma, religión, alimento del espíritu o, como quería David H. Lawrence, participación en la profunda corriente cósmica de la vida.

Desde la desolación de nuestra tierra arrasada por la falta de perjuicios, burgueses o no, brota espontáneamente la pregunta que Rilke tomó, sin saberlo, del santo Job bíblico: "¿Quién, si yo gritara, me escucharía desde la jerarquía de los ángeles?".

(*) Luis Blanco Vila es escritor y asistente de Cátedra de la Universidad San Pablo-CEU.